

imaginar más imaginación.

Entre otras cosas, porque en los ciclos básicos para la continuidad de la vida, se logra precisamente eso: continuar. Que es la destreza básica de la Naturaleza. Para alcanzar tan ambicioso objetivo lo viviente ha inventado la armoniosa inclusión y el sensato aprovechamiento en y de los ciclos. Procesos invariablemente de retorno, reciclaje, depuración y redistribución de las rentas básicas del planeta. Que son precisamente el aire, el agua, la tierra y lo que entre los tres consiguen con la imprescindible ayuda de la energía solar, es decir lo orgánico. Lo verdaderamente crucial, de lo mucho que nos propone el ciclo, es que nada vivo puede ser fuera del mismo. Las partes y el todo se confunden por necesitarse. Todo es centro y periferia al mismo tiempo y a cada instante del proceso. Todo por igual importante. Es un intento, logrado, de integración absoluta, de consumo sin desmayos. Ni siquiera cansancio desde el momento en que el usuario del ciclo se consume en parte a sí mismo.

Pero el ciclo resulta sobre todo un pacto. Un acuerdo con el tiempo, que así, en lugar de en enemigo se convierte en el principal aliado de lo vital. Lo vivo es ansias de más vida, algo que se consigue precisamente en la medida en que se esté dispuesto a volver a empezar incesantemente.

Sísifo es el lado humano de la misma moneda, esa otra cara que se empeña en las visiones dramáticas y finalistas.

No querer finalizar nada es la estrategia del ciclo y por eso se convierte en la más genuina aproximación a la eternidad que puede darse en esta parte del universo.

También sirve para compararlo con el modelo de funcionamiento que tenemos instalado en la casi totalidad de los puestos de mando de una civilización como la nuestra. Lo cierto es que nos gobiernan narcisistas Dionisios en busca de la soledad.

Valores de la naturaleza protegida

Al comenzar las "Meditaciones del Quijote" Ortega y Gasset, acaso influenciado por la introducción de Dante a la Divina Comedia, penetra en el bosque. Con todo, parece que quiere contarnos una experiencia personal, vivida antes que pensada. Es más, queda perfectamente claro que escribe acerca de un lugar concreto, el bosque de la Herrería, el rebollar que todavía sirve de pedestal al monasterio de El Escorial.

Hay por lo menos tres aspectos que brillan en las pocas líneas con las que se salda el episodio. Por un lado un llamativo conocimiento de la oferta musical de la naturaleza. El paisaje sonoro que el filósofo escucha, está presidido por una oropéndola, que canta nada menos que con "esquirla arrancada al canto del ruiseñor". Resulta difícil por cierto superar esa metáfora, aunque en nada se corresponde con la realidad.

De inmediato compara al bosque con un libro. Caminar por la espesura es una actividad emparentada con la lectura. Si acaso sólo me atrevería a amplificar la impresión de Ortega afirmando que sí, que de acuerdo, pero que se trata de una lectura con los cinco sentidos desparramados por el mundo de los claroscuros y frescores de toda arboleda. A los libros se los lee en silencio y con los ojos que convierten las palabras en sonido callado para nuestro cerebro. En lo espontáneo se lee pero con la piel, los ojos, los oídos, la pituitaria y hasta con el paladar.

Pero lo mejor del texto que pretendo recordar es su culminación. Porque, en línea con lo mejor de los mejores contemporáneos y antecesores, el escritor afirma que los bosques son excelentes pedagogos. Por tanto sugieren más que imponen, insinúan más que afirman o despliegan.

Y ese me parece, precisamente uno de los principales valores de los espacios naturales conservados, es decir aquellos en los que la vida todavía puede sugerirnos el que la descubramos e intentemos interpretarla. Los paisajes con relieves, animales y plantas, ciclos y personas que pretenden recorrerlos, nos proporcionan en primer y destacado lugar una de las más aliviantes dádivas posibles. La de poder asombrarnos. Acaso con un poco de incertidumbre, mucha curiosidad y siempre que sea posible con la fortuna de sentir admiración.

La Naturaleza es sin duda y nada menos que escuela. Profesor al que acudir, no tanto para las respuestas como para la posibilidad de seguir haciendo preguntas. Pero no sólo estamos escribiendo sobre los interrogantes más o menos eternos, también de los sentimientos. Del que el primero es la disposición a convivencias. Todos los paisajes que he conocido me estaban llamando, me necesitaban como testigo. De lo contrario te echan de menos. Pero sobre todo el bosque que siempre me ha parecido hospitalario, no excluyente, capaz de abrirse sin restricciones a todos sus huéspedes y a los que son ocasionales visitantes.

¿ Se puede pedir una aportación hoy más valiosa que aprender la tolerancia que nos debemos unos a otros. ?

Queramos o no reconocerlo esta disposición de lo abierto a mantenerse como tal contrasta con los sucesivos procesos de encastillamiento que han definido a casi todos los procesos de humanización. Que no de humanismo, que sería la forma más cercana a la vitalidad de lo espontáneo, es decir, a la no discriminación de ningún componente de la especie.

Allá afuera, en los espacios con capacidad para reinventar la vida a cada instante, también acapa el valor más querido por los humanistas más exigentes. Me refiero a la libertad. No dudo, de que muchos se sientan intimidados por lo desconocido. Pero si algo proporciona la posibilidad de la acción libre, independiente, pero sobre reversible, es lo natural, lo que carece de la posibilidad de dictar normas, obligaciones o incitar a la insatisfacción. Aspectos tan incesantes en el seno de lo exclusivamente humanizado.

Casi todos han entrado en contacto con la Naturaleza desde lo artificial, es decir, desde medios de transporte, con el tiempo de la excursión medido y con asegurado retorno

Curiosidades de la Comarca de la Sierra de Segura Villa-Rodrigo

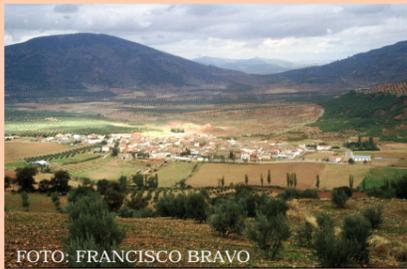


FOTO: FRANCISCO BRAVO

Se compone esta villa de ciento ochenta y un vecinos y novecientos cinco almas. Tiene una escuela pública dotada con ochocientos reales y al cargo de don Feliz Rosa García, sin título ni otra cosa que lo habilite. Los niños que concurren son treinta y cinco todos gratuitos.

Existe comision local, bajo El mismo pié y concepto que los demas pueblos se encuentra. Carece de la Ley de 21 de Julio, reglamento y demas disposiciones vigentes que pudieran ilustrarla en El buen desempeño de su cometido. Pobre es el estado de las clases, y pobres tambien los adelantos de la juventud.

El método de enseñanza según dice el maestro es el de Fleuri. Queda escitada esta comision para que procure los adelantos é ilustración de los niños con el mayor celo é interes.

Juan de la Cruz Martínez

"Memorias del Partido Judicial de Segura de la Sierra", 1842 (pp. 70 y 71)

a un comfortable hogar. Pocas resultan en cualquier caso las horas en las que se admite que lo contemplado era digno de admiración. Incluso algunos, se habrán atrevido a incluir entre sus pensamientos que el espectáculo de un paisaje merece, cuando menos, tanta atención como

el de cualquiera de los ofrecidos a través de los medios de comunicación.

Acaso esa cima imponente; acaso ese mar acostado en su cama azul; acaso ese río que no detiene nada en su seno y menos el agua que le da sentido nos transmitieron el placer por su conseguido anhelo de ser bellos.

Os recuerdo que en el anterior "emboscadas" consideré como valores que manan de lo espontáneo nada menos que a la libertad, a la posibilidad de dejar que el asombro nos acompañe, al principio de la hospitalidad y por tanto de la tolerancia, junto con la enorme capacidad pedagógica que siempre nos regala. Pues bien, ahora, en esta ocasión, intento resumir algunas de las otras secretas riquezas de la Naturaleza. Esas que, aunque nunca aparecen en los dípticos o catálogos de tipo patrimonial que suelen darnos al entrar en los espacios naturales protegidos, son lo que realmente nos protege. Incluso cuando estamos muy lejos de ellos.

Y uno de los más importantes valores es precisamente el de que pueden ser admirados. La admiración es convertir a la mirada en un catapulta que conquista inmensidades y las convierte de inmediato en alivio. Porque poco refresca más al ánimo que ver el alma de la Naturaleza desplegada sin obstáculos, heridas o infecciones. Poco hace crecer las cosas más rápidamente que la admiración, sobre todo cuando contemplas lo que siempre recrece de sí mismo como es el gran espectáculo de la vida viviendo.

De esa admiración nace el tan olvidado sentimiento de la Naturaleza, esa casi disolución de nuestra realidad en las inabarcables inmensidades que nos contienen. En el seno de los procesos que están repitiéndose desde el amanecer de lo viviente y para que sea precisamente posible ese retorno cíclico del que también escribimos aquí hace tres meses.

Una parte de esta apreciación, que comienza siendo estética para alcanzar también la condición de ética, se debe a que lo que vemos se parece mucho a lo que somos. Un paisaje es también un organismo. Sus necesidades básicas, el que éstas puedan quedar satisfechas y mantenidas en el tiempo, son literalmente equivalentes a las nuestras. Se produce, pues, una sintonía, aunque sea sólo intuitiva. De ahí, a que la armonía se asome a los bordes de nuestra piel, sólo hay un beso. El que nos está ya dando todo lo que nos acoge.

Con todo a uno, el principal valor de lo espontáneo protegido, es que resulta la última oportunidad para entender lo común. El valor moral de lo compartido ya se refugia exclusivamente en esos retazos de paisaje sustraídos a la codicia.

Quiero afirmar que, tras la conservación de las comunidades vivas y de la bella convivencia que estas logran, lo que se obtiene, además y sobre todo, es poner en valor a un contrapoder. Que se enfrenta, con escaso éxito, a la parcelación acelerada, los individualismos, las intransigencias y las soledades que estamos cosechando con nuestro actual modelos de relaciones, entre nosotros y con el resto de lo viviente.

Una de las pocas oportunidades que nos quedan de que exista algo cohesionante, por ser de todos y estimular la autoestima de un empeño común, son precisamente los lugares donde se ha refugiado la primera canción de la vida.

Joaquín Araujo

Escritor, periodista y naturalista



FOTO Y TEXTO: FRANCISCO BRAVO

A finales de noviembre el tiempo otoñal de días extraordinariamente diáfanos y limpios nos acompañó en la excursión por el joven y bravo río Segura (desde Poyotello a la Huelga Utrera) en el curso de "Itinerario didáctico multidisciplinar en la Sierra de Segura".

EDUCACIÓN EN VALORES

Ana Frank nos dejó escrito en su diario un texto profundamente estimulante: "¡Todos tenemos dentro de nosotros mismos una Buena Nueva! La Buena Nueva es que no sabemos realmente

- lo grandes que podemos ser
- lo mucho que podemos amar
- lo mucho que podemos lograr y la magnitud de nuestro potencial..."

Es admirable la sabiduría de esta adolescente. De modo preciso expresaba lo que es la gran oportunidad del ser humano: CRECER INTERIORMENTE. Efectivamente, tenemos dentro de nosotros un potencial que nos posibilita ir construyendo nuestro "ser" o "yo interior", el ir logrando nuevas metas. Y esto es una Buena Nueva porque quien realice estos procesos sentirá la satisfacción de vivir; algo que, por cierto, está fallando en muchas personas de nuestra sociedad. La violencia, tan generalizada a todo nivel, tiene quizá una de sus causas más profundas en la frustración y vacío existencial cada vez más extendidos. De hecho, la fuerte demanda de educación en valores tiene aquí su origen.

Los procesos de crecimiento y construcción de la personalidad son procesos de realización de valores específicamente humanos. Scheler define la persona precisamente como el ser realizador de valores y afirma que nuestra personalidad se caracteriza por la configuración de los valores que hemos interiorizado a lo largo de nuestra vida. Asimismo personas más o menos pacíficas, más o menos agresivas, solidarias, participativas, responsables, creativas ... según los valores que hayamos ido interiorizando.

Ante la necesidad de educar en valores nos podemos preguntar ¿en qué valores educar?. Esta pregunta remite al tipo de hombre que se quiere formar y responder a ello implica una opción ideológica o un consenso. De hecho es posible coincidir, al menos, en un número mínimo de valores aceptado por el común de las personas. Hay una "verdad de lo humano" evidentemente. Existen valores y antivalores. Esto nos habla de la objetividad del valor; pero también es verdad que el valor no llega a su plena realidad si no es realizado, asumido por alguien. No es lo mismo, en expresión de Rogers, un valor vivido que un valor pensado. Por ello ante la educación en valores tenemos que preguntarnos ¿cómo educar en valores de modo que la persona llegue a asumirlos y realizarlos en su vida?.

La educación en valores requiere una metodología que tenga en cuenta no solo conceptos y reflexiones, sino todo el conjunto de procesos psicológicos que conducen a una conducta comprometida con los valores. El "diálogo clasificador de valores" es una metodología que responde a estas exigencias. Fue propuesta por L. Raths y profundizada por S. Simon y H. Kirschenbaum.

La finalidad de los teóricos de la clarificación de valores es desarrollar el proceso de valoración en el individuo para que llegue a darse cuenta de lo que realmente aprecia y quiere, de lo que para él es valioso y lo que no lo es. De este modo la persona podrá elegir sus valores y actuar de acuerdo con sus decisiones.

El desarrollo del proceso de valoración consiste en la adquisición de habilidades como: seleccionar con libertad, considerar alternativas y las consecuencias de cada alternativa; apreciar la selección y disfrutar con ella, afirmarla públicamente y actuar habitualmente de acuerdo con las propias elecciones.

Para lograr el desarrollo de estas habilidades se proponen distintas estrategias y actividades en el curso de las cuales el educador practica el diálogo clarificador.

En el ámbito escolar el profesor facilitará el desarrollo del proceso de valoración de sus alumnos en la medida en que les dé respuestas clarificativas y no le imponga sus propios valores: siempre que un alumno le pregunte o proponga algo en el campo de los valores, tendrá que devolverle la pregunta para hacer que el niño/a o adolescente encuentre en sí mismo lo que para él es valioso.

Hay veces que el diálogo clarificador no es posible debido a actitudes de rebeldía, agresividad, rechazo ... Previo al diálogo será entonces necesario un trabajo en el campo afectivo.

Antonia Pascual Marina
Catedrática de Filosofía y pedagogía



COMPARTIR LA TAREA DE EDUCAR

Durante los días 8 y 9 de noviembre de 2002 tuvo lugar la IV Jornada de Educación de la Sierra de Segura.

En esta ocasión el tema de trabajo fue el de "Compartir la tarea de educar". Como en anteriores ediciones, esta actividad propició un lugar de encuentro, comunicación y convivencia entre los distintos sectores de la comunidad educativa de la comarca y, alternando buenas dosis de diversión y trabajo, profesorado y miembros de AMPAs, reflexionaron sobre temas tales como los conflictos entre iguales, el funcionamiento del sistema familiar, los problemas de conducta en la escuela y el hogar o la comunicación interpersonal. Como colofón, la conferencia del profesor Miguel Ángel Santos Guerra que nos entusiasmo -una vez más- con su excepcional análisis de la educación desde el entorno familiar y escolar. Esperemos que en la V Jornada se animen a participar los que todavía no lo han hecho pues es una oportunidad única de convivencia y formación.

POLIZONES DE LA DEMOCRACIA

En la democracia es fácil hacer uso de los derechos que asisten a todos los ciudadanos. Es menos frecuente aludir a los deberes que tenemos que cumplir en beneficio de todos. Los parásitos del erario público reciben lo más posible sin aportar nada. Si los parásitos son muchos, tendrán que ser los restantes miembros de la sociedad quienes carguen con las consecuencias de esas actitudes incívicas.

El caso más grave es el de los polizones privilegiados que se sirven de su cargo para beneficiarse al máximo, sin aportar nada a cambio. Puestos en ese lugar por la democracia, se permiten utilizarla en su exclusivo provecho. Todos conocemos el caso de personas que, aprovechándose de su posición, comen gratis, viajan gratis, se hacen regalos (a si mismos o a sus amigos) completamente gratis... Con el dinero de todos, claro.

Los polizones sólo saben conjugar el verbo recibir. Se han olvidado del verbo dar. Un cuento popular chino dice que el ministro de cobrar los impuestos fue a lavarse los pies a la orilla de un estanque y, por descuido, cayó al agua. De inmediato acudió un grupo de personas que, deseando ayudar al ministro, le decían: - ¡Denos su mano!

Aunque se estaba ahogando, el ministro no alargaba la mano. En ese momento pasó por allí Afanti y, tras observar lo que ocurría, se acercó y gritó:

- ¡Excelencia, tome mi mano!

Al instante, el ministro se aferró a la mano de Afanti y salió del estanque.

Como todos los presentes se mostraron asombrados, Afanti explicó: El ministro encargado de cobrar los impuestos no sabe el significado de la palabra dar. Él sólo entiende de tomar y recibir.

El polizón social se beneficia de las ventajas de la democracia, sin contribuir en nada a construirla y sostenerla. Podríamos poner miles de ejemplos. Trabajadores que no aportan ni un céntimo a un sindicato, que no gastan ni una hora de su tiempo en reuniones, que no se apuntan a ninguna huelga, pero que luego se benefician de todas las conquistas sindicales. Estudiantes que jamás formulan una protesta, que no firman un escrito, que no asisten a una reunión, que no se presentan a un puesto de representación..., pero que luego son los primeros en apuntarse a los logros que otros consiguieron. Socios que ven cómo sus compañeros preparan con rifas, partidos, películas, etc., el viaje al que ellos luego se apuntan recibiendo una parte de los beneficios obtenidos.

Algunos se cuelan en la fiesta de la democracia y se acomodan en ella como auténticos gorrones, pretendiendo aprovechar todos los beneficios que reporta pero sin hacer el más mínimo esfuerzo por mantenerla. Han heredado una situación por la que nunca lucharon y a la que ahora en nada contribuyen a sostener.

Tengo una gran admiración por personas de nuestra historia reciente que vivieron muchos años en la cárcel y padecieron una persecución que ahora trae sus frutos.Ahora existe una democracia (ya sé que en muchos aspectos es todavía un sistema de convivencia meramente formal) que es el fruto de muchas lágrimas, de muchos sacrificios, de mucha sangre. Este sistema se mantiene porque muchos hombres y muchísimas mujeres se empeñan cada día con su trabajo, con su esfuerzo, con su ejemplo, en que se desarrolle y se perfeccione.

Otros, lamentablemente, se cuelan sigilosamente en cualquier lugar del barco de la democracia y, sin pagar ningún billete, se benefician de la comida que otros compran y preparan, de la limpieza que otros hacen, de las actividades que otros organizan y de los conocimientos que otros tienen para conducir la nave a buen puerto. El colmo es que, algunos de estos numerosos polizones, alardeen de lo inteligentes que son al viajar gratuitamente de forma tan cómoda. Es gente que Francis Bacon define de una forma elocuente: "Serían capaces de pegar fuego a la casa del vecino para comerse un huevo frito". No sé si me dan más rabia que pena o más pena que rabia. Brindo al lector este lema: Que la democracia sea mejor porque tú vives en ella.

Miguel Ángel Santos Guerra Catedrático de Didáctica y Organización Escolar de la Universidad de Málaga

Edición y dirección: CEP “Sierra de Segura”. Joaquín Payá, 7 - 23370 ORCERA (Jaén).

Diseño y Maquetación: Miguel Ángel y Tibu.

Imprime: Artes Gráficas Vera-Cruz.

Depósito Legal: J-142-2000.

Colaboraciones para próximos números: en cualquier formato de texto.

El CEP no comparte necesariamente la opiniones vertidas en los artículos de autor.

MUSEO DE LAS CIENCIAS PRÍNCIPE FELIPE (VALENCIA) UN CENTRO DE ENSEÑANZA DIVERGENTE

En los últimos treinta años del siglo veinte han proliferado en todo el mundo los denominados "Science Centres", o Centros de Ciencia, siguiendo el modelo del Exploratorium, abierto en San Francisco en 1969 por iniciativa de Frank Oppenheimer. A finales del último año del siglo veinte abrió en Valencia sus puertas un centro de ciencia paradigmático, quizá, de lo que seguramente serán estas instituciones en el próximo siglo: el Museu de les Ciències “Príncipe Felipe”.

Los centros de ciencia interactivos -hijos, en cierto modo, del Exploratorium- son museos atípicos, que suelen carecer de piezas de



colección. Sus módulos expositivos se diseñan para expresar la diversidad y riqueza de los fenómenos naturales, poniendo a prueba nuestras capacidades de percepción. Y todo ello, con un enfoque abierto y educativo. Su característica básica estriba en la libertad para manipular lo que se observa, esencial para llegar a una interacción no solamente manual sino también intelectual y afectiva; se puede aplicar un lema, no por humorístico menos acertado: “Prohibido no tocar”. A lo que cabe añadir “Prohibido no sentir”, “Prohibido no pensar”... y, consecuentemente, “Prohibido no aprender”.

En su conjunto, el Museo adopta un enfoque conceptual para la elaboración del discurso museístico, sustituyendo al tradicional enfoque objetual de otros museos, que se deriva de la existencia de una colección de objetos valiosos, generalmente históricos. Un centro interactivo no es, pues, un museo propiamente dicho -no cumple algunas de sus funciones clásicas, como conservar o coleccionar-, pero en cambio permite llevar a cabo una importante función educativa no reglada, complementaria de la enseñanza formal que se adquiere en la escuela. Esta enseñanza no formal, fuera de las instituciones académicas, está adquiriendo una importancia cada vez mayor en el cambiante mundo de hoy, cuando existen más investigadores en activo que los que hubo en toda la historia de la humanidad. Porque la formación científica de los ciudadanos de cualquier edad no puede ya reducirse sólo a los años escolares.

Es obvio que, en el caso de las ciencias, es enorme -y crece cada día más- la distancia que separa al conocimiento especializado, que sólo unos pocos científicos poseen, del conocimiento general de la sociedad sobre esos mismos temas. En este estado de cosas todo lo que se haga desde los poderes públicos para paliar esas carencias siempre será poco. Una herramienta especialmente valiosa, precisamente por su universalidad –ya que se dirige a todo tipo de personas, sean cuales sean su edad y su nivel cultural-, puede ser precisamente un museo interactivo de ciencias.

En esa línea, algunas características de nuestro Museo son su estilo abierto -que hace sentirse protagonista al visitante-, su ambiente activo y lúdico –a veces ruidoso, por qué no- y su carácter popular, no elitista. Todo ello, ligado a las respuestas y reacciones positivas del público durante la visita. Si eso ocurre será la mejor muestra de que se trata de un planteamiento eficaz para un aprendizaje no reglado, las más de las veces divergente.

Quizá se pudiera añadir, por lo anteriormente expuesto, un nuevo lema propio de estos museos: “La ciencia es divertida”. En efecto, la ciencia básica, el proceso de interrogar a la Naturaleza para comprender alguna de sus leyes, la cultura científica, en suma, puede llegar a ser no sólo apasionante sino también fácil e incluso divertida.

La ciencia, en su actividad de perpetua investigación, acaba siendo –sin duda, debe serlo- académica, exhaustiva, rigurosa; y también especializada y segmentada de manera cada vez más vertical, con escasos contactos horizontales. En cambio, la cultura científica busca objetivos horizontales, válidos para todos los públicos; no importa si son dispersos o puntuales, ligados o no a la actualidad noticiosa de la ciencia y la tecnología.

Por eso, en el Museo de las Ciencias hacemos valer un tercer lema: “la Naturaleza no tiene la culpa de que el hombre haya inventado las asignaturas”. Los contenidos huyen de lo curricular, de la ordenación sistemática. Lo que no excluye, obviamente, las agrupaciones concretas –conceptuales, más que objetuales- que puedan existir en cada exposición en función de los diferentes discursos temáticos.

Además de la visita a sus zonas expositivas, el Museo ofrece como complemento todo tipo de actividades e iniciativas en relación con la educación y la divulgación científica de base, siempre próximas a la actualidad del momento. Y prestando especial atención al fomento y desarrollo de actitudes tales como la curiosidad y el espíritu crítico, que son claves para la interpretación racional del Universo y la Naturaleza.

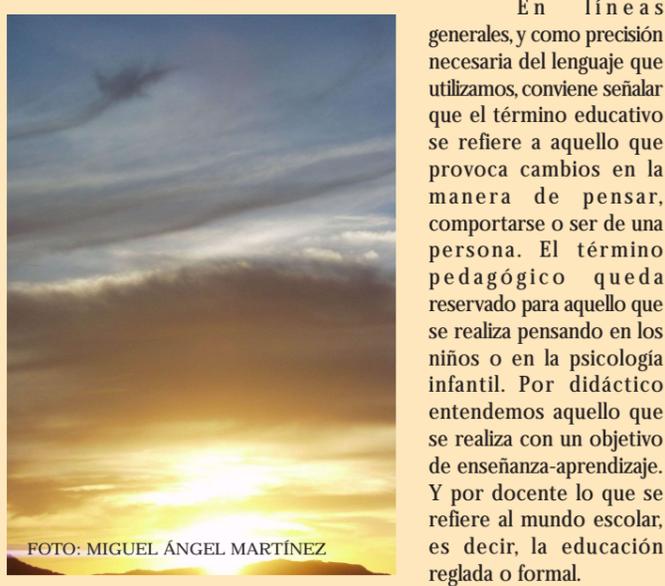
El Museo de las Ciencias de Valencia se concibe, pues, como un museo para la educación científica en el sentido más amplio del término. Un centro que crea oportunidades para que las personas vivan una situación de aprendizaje divergente, en el que no está previsto de manera rígida el resultado de su pensamiento. Ésta es la plena interactividad que se busca, imprescindible si se desea realmente que cualquier persona, sea cual sea su edad o su nivel cultural, pueda sacar partido de su visita al centro.

Al inicio del siglo XXI los museos interactivos han comenzado a ser las instituciones públicas de más amplia resonancia, entre otros motivos por su enorme capacidad de convocatoria y su impacto casi universal. Quizá por ello los nuevos edificios que se construyen para albergarlos nacen destinados a ser hitos representativos de la arquitectura contemporánea; eso ocurre, obviamente, con el Museo de las Ciencias de Valencia. Las iniciativas que en otros momentos de la Historia llevaban a construir catedrales, monasterios o palacios hoy se concretan en edificios para la cultura, en los que los arquitectos dejan una muestra de su arte y también un testimonio de los recursos técnicos de la humanidad actual.

Dentro de tan espectacular continente -sin pretender competir con él en lo formal, pero completándolo de manera global en lo conceptual-, el Museo de las Ciencias Príncipe Felipe promueve la difusión del mayor número posible de actividades relacionadas con la educación y la cultura científica, creadoras de opinión en la ciudadanía. Sin eludir el debate, siempre presente en el mundo de la ciencia, y presentando los hechos objetivos que permitan a los asistentes formarse una idea más completa de los problemas que se abordan. El Museo se muestra, además, receptivo hacia las iniciativas divulgadoras y comunicativas del mundo de los profesionales de la ciencia y la educación, ofreciendo el marco de sus instalaciones para conseguir que el mensaje llegue de la manera más efectiva posible a la sociedad en pleno.

Todo ello en un ambiente festivo, abierto a todas las edades y niveles culturales, en un marco arquitectónico único por su belleza y dimensiones, y formando parte del conjunto cultural más ambicioso jamás puesto en marcha por una administración pública: la Ciudad de las Artes y las Ciencias de la Generalitat Valenciana.

NOTA COMPLEMENTARIA:



Manuel Toharia Cortés

Director del Museo de las Ciencias

Príncipe Felipe de Valencia

PARA UNA PEDAGOGÍA DEL RECONOCIMIENTO DE LA NATURALEZA

Reconocer

Pocos aspectos de lo ecológico han tenido tanto eco como las famosas 3 erres. Las de reducir, reciclar y reutilizar. Para muchos algo así como una fórmula magistral capaz de convertirse en antídoto universal contra los no menos extensos daños del abuso, el despilfarro y su secuela de contaminaciones.

Cierto es que la generalización de tales actitudes aliviaría. Es más lo está haciendo desde el momento en que, sobre todo el reciclaje se ha generalizado. Más en el espacio que en las cuantías. Podría afirmarse al respecto que nos acercamos al 20 % de este modo de recuperación de materias primas como papel, vidrio, algunos metales y materia orgánica. Queda por tanto mucho por incorporar: Pero contamos con el ejemplo de países como Alemania donde el retorno al sistema productivo de esos recursos ronda el 80 %.

Estas cifras nos deben instalar en un sano optimismo desde el momento en que el margen de actuación para mejorar la calidad de vida es todavía enorme y no precisamente ampliando el frente del puro consumismo.

No es, en cualquier caso, mi intención, reiterar: Para la mayoría y sobre todo para los poderes a poco más que esto se reduce la acción y la comprensión de lo ecológico.Y mi propósito, ahora es aportar reflexiones que amplien el panorama más necesario, el de la comprensión. Algo que demasiadas veces se tambalea por la emasculación voluntaria de muchas y fundamentales fases de los procesos que nos traen y nos llevan. Que nos acercan o desmenzanan la realidad. De ahí el título de esta columna.

Reconocer no sólo es el primer paso de los sentidos, sino también del pensamiento. Los primeros nos dicen de dónde proceden los sonidos, cómo son las formas y los colores y qué posición ocupamos en el espacio, tanto los emisores como los receptores de esa información. El primer acto de la racionalidad es situarnos a nosotros mismos en un panorama y procurar atravesarlo o usarlo en beneficio propio. Pero algo tan sencillo está por completo interferido, alejado, literalmente olvidado, con consecuencias devastadoras para la comprensión y para el derredor.

Uno de lo éxitos más logrados por nuestro empeño de cercenar porciones de la realidad, por taxidermizarla y, por supuesto, reducirla es que no hay nexos entre la procedencia y el destino de lo que forma parte de la vida cotidiana.Y no sólo me estoy refiriendo a los productos, materias, energías y cualquiera de las facetas del consumo. Tampoco somos capaces de reconocer de donde proceden nuestras principales destrezas como especie, incluidas las de manipular, dominar, usar un lenguaje simbólico y abstracto o proyectar.

Pues bien el más crucial de los reconocimientos – y el que a mi entender comenzaría a sanar la ignorancia sobre la que germinan buena parte de las agresiones ambientales y hasta culturales – sería la incorporación de algunos datos básicos a la información que acompaña al consumo. Por eso de la misma forma que se nos suele decir cuáles son los componentes básicos de los productos y sobre todo qué firma comercial los ha elaborado y en qué país se produjo, todavía falta en el etiquetado algo tan obvio como peligrosamente obviado.Sería un rótulo más: el que afirmara la primera procedencia, es decir, un MADE BY NATURE. Hecho por lo espontáneo, fabricado a base de un recurso que invariablemente procede de la Naturaleza, que nos precede y que en muchos casos tiene reservas limitadas o, en el mejor de los casos, dependen de ciclos de renovación, casi todos ellos hoy muy interferidos por la acción contaminadora de la humanidad.

Lo más sorprendente es que cuanto más importante es un recurso más nos olvidamos de su origen. Como diariamente queda demostrado con el aire, el agua o el suelo.

Reconocer que nuestras verdaderas despenas son los están creadas por nosotros es el primer paso de una ecología consciente. No menos el destino de lo llamado sobrante, es decir el residuo, que invariablemente va a parar al mismo lugar.Así pues tampoco estaría de más que en los cubos de basura, en las cisternas de los sanitarios y en los desagües de las fábricas se incluyera un coherente cartel que expresara algo como: Estos venenos, suciedades, basuras irán a parar a la Naturaleza. En pocas palabras lo que Lucrecio, el poeta filósofo, resumió con aquello de que “ Ninguna cosa puede proceder de la nada, ni volver a la nada”.

Porque reconocer el origen y el destino de algo siempre es ampliar el horizonte y de inmediato la comprensión. Luego si actúa la sensatez aparece el todavía más relevante reconocimiento. El de que formamos parte, a veces central, de el viaje de la materia y de la vida, a la que no podemos parar.

Por eso pocas definiciones del conocimiento resultan más ecológicas que la de María Zambrano: “ Conocer es acordarse y acordarse es reconocerse en lo que es, como siendo: es reconocerse en unidad”. Unidad con todo lo que está siendo añado.

Ciclos

<i>“Éramos la tierra, el aire, el agua. ¿ Qué podíamos hacer ? Fue entonces cuando adquirimos la costumbre de ser eternos.”</i>
<i>Diálogos con Leuco</i>
<i>Césare Pavese</i>

La cita, a mi entender, es una sugerencia de tal calado que se aproxima a la reflexión básica que proponemos desde el pensamiento ecológico.Viene a ser, desde sus términos tan escuetos, algo tan ilimitado como su última palabra.Y, como tantos otros pasajes de ese libro, inspirados por la mitología clásica, todo un deleite literario.La entresaco, además, de uno de los capítulos dedicado a una hipotética conversación entre Dionisio y Deméter. Emblema de lo festivo, Dionisio es alguien siempre dispuesto a celebrar sin limite el misterio de lo vivo.Alimento básico, Deméter es lo maternal, que nos nutre, es decir eso que permite todo: desde la supervivencia a la festividad, desde el exceso dionisiaco a la reflexión más sesuda.

Hay mucho más que la obvia conveniencia de que lo superfluo se acuerde de dialogar con lo que le permite llegar a ser. Lo asombroso es que ambas deidades son inicialmente símbolos de lo espontáneo, de la vegetación y de su capacidad de sustentación. Pero Dionisio se separa hacia lo virtual. Es decir, que también aporta pero olvidando demasiado.

Hoy, cuando no nos quedan dioses para enriquecer nuestro patrimonio simbólico, diríamos que el consumismo le debe, cuando menos, una charla a los ciclos de renovación de la vida. Pero el silencio, o mejor el monólogo, es descuido generalizado en la actualidad. Nos movemos por tanto en un modelo de relaciones que anda empeñado en adquirir la costumbre de liquidar, finalizar, desgastar y acumular.Sin apenas apreciar la necesidad de algo más de confluencia con las fuentes de aprovisionamiento.

Que es precisamente una de las primeras reclamaciones que los defensores de los ciclos básicos hacen a los dispuestos ya sólo a celebrar fiestas.

Arrogancia que mana de creer en la línea recta. En el sentido único del tiempo y en que se puede avanzar en esa misma y única dirección de forma ininterrumpida.

Muy al contrario, lo que nos propone, enseña y consigue la vida es darle esquinazo al paso devastador de los calendarios. La Naturaleza gira en sucesivas, lentas, leves espirales que aunque nos puedan parecer muy semejantes entre sí siempre varían lo suficiente para que no se sucedan no ya dos siglos, años o estaciones iguales. Es que no hay tampoco dos instantes iguales entre sí.

Que de la redundancia y la reiteración, lo vivo extraiga toda suerte de novedades, asegurándose, al mismo tiempo, la más sólida retaguardia parecería más que suficiente para preguntarnos por la eficiencia del modelo. Pero lo que denominamos ciclo es mucho más que un amable pacto de no agresión entre la vida y el paso del tiempo. Es precisamente “adquirir la costumbre de ser eternos”. Es engañar con feraz contundencia a la muerte. Apenas se puede (Pasa a la página siguiente)